

NANOMEDIOS DE COMUNICACIÓN:

¿Medios de comunicación comunitarios?

¿O de red? ¿O de movimientos sociales?

¿Qué importancia tienen? ¿Y su denominación?

**John Downing, Global Media Research Center, College of Mass Communication and
Media Arts, Southern Illinois University - Carbondale**

jdowning@siu.edu

Texto preparado con motivo de la conferencia “Medios comunitarios, movimientos sociales y redes”, organizada por la Cátedra UNESCO de Comunicación InCom-UAB en colaboración con la Fundación CIDOB (Centro de Estudios y Documentación Internacionales de Barcelona). Barcelona: Fundación CIDOB, 15/03/2010.

Mi objetivo principal es dirigirme a lo que algunos en nuestra época de medios digitales han llamado “la Larga Cola” (o “la Larga Estela”) de los medios de comunicación (Anderson 2008; cf. National Alliance for Media Arts and Culture 2004), o sea, medios en escala pequeña, típicamente funcionando con un presupuesto mínimo o inexistente. Mojca Pajnik, del Instituto *Peace Research Institute* en Ljubljana, y yo, propusimos denominarlos “nanomedios de comunicación”, con la esperanza de que la gente empiece a comprender el enorme impacto que las nanotecnologías suponen en nuestro mundo actual, y a quitarse su obsesión con el poder de los grandes medios de

comunicación (o ‘macromedios’). Tales nanomedios de comunicación tienen una historia muy larga, especialmente si los examinamos desde una perspectiva antropológica, y no solamente desde una tecnológica. Esto consiste en agrupar la música popular, el baile, el teatro callejero, el *graffiti*, los murales y la vestimenta, con los medios impresos, la prensa escrita, la radiodifusión, la televisión, las películas e Internet.

Así puede observarse que la historia de los nanomedios de comunicación incluye los folletos (*Flugblätter*) de la Reforma Protestante en Alemania; los chistes, las canciones y el humor crudo de la plaza del mercado de François Rabelais; los panfletos revolucionarios de la guerra civil de los ingleses a mediados del siglo diecisiete, y de las revoluciones americanas y francesas; las pañoletas vestidas por las Madres de Plaza de Mayo; los espectáculos de danza del artista indio Mallika Sarabhai contra el communalismo hindú-musulmán; el teatro callejero de Augusto Boal; los carteles anarquistas, socialistas y marxistas en España y Cataluña hasta el año mil novecientos treinta y nueve; el baile callejero *toyi-toyi* que desafió al *apartheid* en Sudáfrica; los medios clandestinos *samizdat* y *magnitizdat* en las ex repúblicas soviéticas; los enlaces de Internet del movimiento de la justicia social otromundialista; el movimiento mundial de la radio comunitaria; el movimiento documentalista político que aparece en tantos países.

Tales medios de comunicación se han denominado de varias maneras: medios alternativos, medios ciudadanos, medios tácticos, medios independientes, medios de

contrainformación, medios de participación, medios de la economía social (o 'del sector voluntario', o del 'Tercer Sector'). Cada uno de estos términos tiene ventajas y desventajas. Examinaré varios de ellos brevemente, y luego me enfocaré más en detalle en tres: medios comunitarios, medios en red (móviles e Internet), y medios de movimientos sociales.

Por lo tanto, desde cierta perspectiva, "medios alternativos" es una denominación insípida, dado que todo es una alternativa a algo. Sin embargo, desde el punto de vista de Chris Atton, la misma vaguedad del término nos provoca reconocer el hecho de que las costumbres culturales cotidianas están llenas de una diversidad extraordinaria de expresiones de medios alternativos (Atton 2001).

Para Clemencia Rodríguez, "medios ciudadanos" es un término que reconoce la fuerza colectiva de la ciudadanía cultural (Rodríguez 2001); no obstante, en esta época de masivos movimientos de refugiados y de la inmigración laboral indocumentada, la palabra "ciudadano", tal como se aplica a los medios de comunicación, tiene que ser categóricamente despojada de cualquier connotación legal.

Ellie Rennie ha planteado un caso convincente a favor de emplear el término "medios comunitarios" (Rennie 2006); pero según mi punto de vista, este término sigue teniendo el tono de romanticismo empalagoso asociado a la palabra "comunitario".

Los "medios tácticos" es el término preferido del autor y activista de Internet Geert Lovink (2002: 268), aunque su explicación del término casi constituye una antidefinición:

[La frase medios tácticos] es escurridiza adrede, un instrumento para crear “zonas temporales de consenso” basadas en alianzas inesperadas... piratas informáticos, artistas, críticos, periodistas y activistas... Los medios tácticos retienen movilidad y velocidad.

Entonces, en las situaciones en que el concepto de “postmodernidad” es verdaderamente útil como un instrumento analítico, “medios tácticos” es sin duda un término viable, en el mismo plano del concepto elaborado por Hakim Bey, en “Temporary Autonomous Zones” (o ‘Zonas Temporales de Autonomía’) (Bey 1991). Lo siento si horrorizo a alguien con la idea de que un Ámsterdam postmoderno, con un gobierno socialdemocrático, tal vez no sea el *Zeitgeist* en sí, pero cuanto más lejos se está de ese ámbito, más se resquebraja la definición de Lovink.

“Medios independientes” es el término que favorecen Herman y Chomsky para denominar a los medios de prensa no asociados con las corporaciones, los gobiernos y la religión. El término tiene una motivación ante todo retórica, específicamente la de cuestionar las frecuentes alegaciones de que los medios de prensa en los estados liberales y capitalistas, especialmente en los Estados Unidos, gozen de una libertad e independencia ilimitadas. Hasta aquí todo bien; pero la manera en que Herman y Chomsky utilizan la frase implica una inclinación hacia los medios de la prensa, la cual despoja de una amplia diversidad de medios de las bases y expresiones culturales que no tienen nada que ver directamente con las noticias de ningún tipo.

Los “medios de contrainformación”, movimiento originado por el fallecido Pio Baldelli (1977), pero todavía muy vigente (Vitelli & Rodríguez Esperón 2004) es también un término elaborado dentro del ámbito del periodismo, donde la palabra

“información” es sinónimo de “noticias”. Este movimiento toma como importante la misión de llenar los vacíos en las fuentes hegemónicas de las noticias y de corregir las distorsiones de datos empíricos. Sin dudas, esa misión es importante, lo cuál se hace evidente en la cobertura de las guerras y de las noticias ecológicas de los medios establecidos y dominantes. Pero todavía necesitamos mucho más que la contrainformación “golpe por golpe”, y que una estrategia de información cuyas metas emerjan de la necesidad de responder, en vez de replantear de una manera radical.

“Medios de participación” es un término usado intensivamente en los proyectos de desarrollo en las naciones del “Sur global”, y al originarse, significó que la gente afectada por tales proyectos debía desempeñar un papel activo en el proceso de elaborarlos y luego evaluar sus resultados (Mefalopulos 2003). Esta estrategia también priorizó las maneras en que los medios de todo tipo debían incluirse hacia tales metas, o sea, el opuesto total a las estrategias de comunicación centralizadas, o ‘planteadas desde arriba hacia abajo’. Pero es más difícil conquistar las costumbres que la retórica, y en la práctica, la frase “de participación” se ha convertido más que nada en una expresión de moda, que intercambian los administradores de desarrollo en sus documentos de solicitud para propuestas.

“Medios del Tercer Sector”, indicando ‘medios en el ámbito de acción social voluntario’, es un término que se usa a veces en las discusiones europeas. Se insinúa, aunque no se usa explícitamente, en el informe del parlamento europeo *Los medios de comunicación en Europa* (European Parliament 2008). Es un término proveniente de la

política que ante todo define estos medios como lo que no son, o sea, esa parte del espectro de los medios que no es financiado por entidades comerciales, gubernamentales o institucionales. Por lo tanto, es un término conveniente para discusiones sobre la política de la comunicación, pero aparte de eso, no nos ofrece nada.

El término que prefiero es “medios de movimientos sociales” (Downing 2008), dado que sujeta estos proyectos de comunicación a movimientos sociales de todo tipo, sean grandes o pequeños, constructivos o represivos, etcétera. Por otro lado, hay que admitir que existe una pléthora de medios en escala pequeña, desde revistas de parroquias hasta boletines de mezquitas, desde zines hasta páginas web de *fans*, que se asocian muy poco o nada con ningún tipo de movimiento social.

A estas alturas, quizás nos tiente identificarnos con el grito de Alfonso Gumucio Dagron (2004), autor, poeta, historiador de cine, y activista de los medios de comunicación — un grito de desesperación contra la férrea determinación, común entre académicos, de producir definiciones absolutas de realidades sociales, a las cuales entonces se requiere que dicha realidad se amolde. Y hay que reconocer otra realidad fundamental: será mucho más difícil definir estos medios que los medios establecidos, cuyas formas, géneros y estructuras organizativas son, en comparación, bastante limitadas. Así que no debería sorprendernos que las definiciones que acabo de revisar a veces coincidan en ciertas cosas, y siempre carezcan de algo. Es un reflejo preciso de las formas antropológicamente polimorfas de estos medios.

Hasta el inicio de la década pasada, proyectos de este tipo –normalmente en escala pequeña, frecuentemente efímeros, casi siempre funcionando con un presupuesto mínimo o inexistente– efectivamente pasaban desapercibidos para las investigaciones convencionales de los medios. Eran demasiado desordenados, demasiado informales en comparación con los grandes medios, y en general demasiado “nano” para merecer el gasto de energía que requiere la investigación.

Ese escenario ha cambiado notablemente con la publicación de más y más investigaciones en este campo, entre ellas muchas tan extensas como libros, y con la aparición de una conferencia internacional anual dedicada a tales medios, la conferencia *OurMedia/NuestrosMedios*, la cual hasta ahora se ha presentado en los Estados Unidos, España, Colombia, Brasil, India, Australia y Ghana. Con la llegada, a mediados de la década pasada, de las llamadas “redes sociales” de Internet, tales como YouTube, MySpace, Facebook, hi5 y las demás, ya no es posible hacer caso omiso a esta zona de investigaciones.

La cuestión ahora es si este fenómeno merece ser celebrado. ¿Debemos brindar por este bebé recién nacido, sano y vital, en la familia de investigaciones de la comunicación – una familia que ya está en expansión constante y veloz? O, en cambio, según el punto de vista de los críticos en Gran Bretaña, para quienes nuestro campo académico es una falacia lógica demasiado “fecunda”, ¿es hora, ya, de darle a nuestra área de estudios una fecha de caducidad?

Medios “comunitarios”

La palabra “comunidad” –de la cual surge la frase “medios comunitarios”– probablemente implique cosas diferentes en diferentes lugares y contextos. Los urbanistas la han usado para aludir a consultas de la comunidad, en las cuales se someten a un chubasco de gritos en las reuniones públicas, antes de seguir adelante con la implementación de sus planes originales de reconstruir el barrio. Se ha usado para invocar la conmoción y la consternación de una supuesta “comunidad internacional”, con el objeto de denunciar un ataque terrorista monstruoso, a pesar de que esta misma llamada “comunidad” en muchas circunstancias se compone, por lo menos en parte, de países en guerra, o casi en guerra, o habiendo apenas acordado un alto de fuego. Una urbanización cerrada (o ‘ciudadela cerrada’), lo cual se llama una ‘comunidad cerrada’ en inglés, denota un grupo de adinerados aislados, por voluntad propia, dentro de su propia cárcel para no mezclarse con la “comunidad” extendida a su alrededor. Para ir aún más lejos, en India la palabra “comunalismo” significa el antagonismo entre los hindúes y los musulmanes.

Hay que tener cuidado con las palabras “comunidad” y “comunitario”, que pueden utilizarse de maneras tan diversas, por lo menos en inglés. Por cierto, dentro de comunidades que se identifican como tal, frecuentemente existen tensiones acerca de clase, “raza”, religión, lenguaje, generación y, no menos importante, de sexo. En el jardín comunitario es rarísimo que todo esté color de rosa.

Sin embargo, al hablar de los medios, “medios comunitarios” es uno de los términos más usados para denotar la radio y televisión local, los periódicos y

semanarios locales, los telecentros, y los centros de vídeo de acceso público. El movimiento de radios comunitarias es muy fuerte en América Latina, en varios países europeos, en Canadá y en Australia, y está alzando el vuelo en India. En Uruguay, ahora hasta existe legislación que garantiza los derechos de las radios comunitarias, y las provee de recursos. La nueva política del “Tercer Sector” en la Unión Europea también establece un estado legal definido a la radio comunitaria.

Estos ejemplos nos ofrecen un contraste importante con la posición de las radios comunitarias en varios otros países de América Latina, donde su estado legal indefinido las pone frecuentemente en riesgo de extinción. Se calcula que en Brasil existen tal vez diez mil estaciones de radio comunitaria, pero sólo unos pocos cientos son legales. Y otra vez, es importante mirar bajo la superficie. En Bolivia, las estaciones de mineros que llevan mucho tiempo y tienen una tradición de independencia feroz han sido en gran parte ignoradas, mientras se han favorecido nuevas estaciones con equipos nuevos donados por Venezuela, y que están muy ligadas a las preferencias y prioridades de la administración de Morales. Por escrito, la posición legal de las estaciones comunitarias de radio es muy fuerte en Venezuela, pero en la práctica, el gobierno de Chávez las mantiene estrechamente controladas.

Entonces, otra vez, ¿debemos tener cuidado al encontrarnos con la palabra “comunidad”?

Sin embargo, varios investigadores han producido estudios sobresalientes utilizando esta designación, como la australiana Ellie Rennie (2006), los investigadores

daneeses Per Jauert y el fallecido Ole Prehn y el holandés-americano Nick Jankowski (Jankowski, 1992), el estadounidense Kevin Howley (2005; 2009), la investigadora irlandesa Rosemary Day (2008), y los investigadores indios Vinod Pavarala y Kanchan Malik (2007), entre otros. Detengámonos por un momento para evaluar la manera en que Rennie y Howley utilizan el término “comunidad” en sus estudios, en el contexto de los medios.

Rennie propone que el valor del término “medios comunitarios” consiste en que logra capturar el proceso cotidiano y “ordinario” (p. 41) de la ciudadanía colectiva. Ella ubica a los “medios comunitarios” dentro de la “sociedad civil”, la cuál define como “asociaciones formadas por motivos no lucrativos [que] se ven como participantes legítimos en el proceso gubernamental” (p. 35). Enfatiza que la sociedad civil requiere que existan “plataformas de comunicación” (Ibíd.). A diferencia de otros escritores, argumenta que el mercado, y los medios de servicio público tanto como los medios comerciales, no funcionan como partes constituyentes de la sociedad civil, aunque por supuesto, reconoce que influyen en ésta de muchas maneras diversas.

Rennie también asocia la importancia de los “medios comunitarios” con la impresión general y extendida de los fallos de la política democrática liberal tal como se organiza actualmente; una impresión que crea, en grandes sectores del público, una falta de confianza en los partidos políticos. A su parecer, los “medios comunitarios” pueden ayudar a disminuir esa falta de confianza, logrando aumentar sustancialmente la participación de la ciudadanía en el proceso gubernamental. También aprueba el

término “medios del Tercer Sector”. En fin, parece argumentar que los “medios comunitarios” fortalecen el tejido vivo de la sociedad civil, y ofrece ejemplos que ilustran que esto acontece en una gran diversidad de maneras.

Para Howley, el significado de “medios comunitarios” coincide parcialmente con la descripción de Rennie, pero está especialmente enfocado en su funcionamiento como una afirmación de las realidades locales en contra de las presiones globales:

El creciente interés popular en los medios comunitarios alrededor del mundo, indica una profunda insatisfacción con la industria de los medios, interesada sólo en incrementar su cuota de mercado y su rentabilidad a detrimento de su relación con el público y su valor social... Los medios comunitarios representan una respuesta dinámica a las fuerzas de la globalización, no muy diferente de la de otros fenómenos frecuentemente discutidos, como el surgimiento del nacionalismo étnico, fundamentalismo religioso, terrorismo, o manifestaciones populares [del movimiento otromundialista] (p. 33).

Howley también destaca el papel de los “medios comunitarios” como “un recurso para las agencias de servicios locales, activistas políticos, y otros cuyas misiones, métodos y objetivos son antitéticos a las estructuras de poder existentes” (p. 34), y como “un foro para las artes y las organizaciones culturales locales” (p. 35). No obstante, Howley acepta que hay cierta complicidad entre los “medios comunitarios” y los medios convencionales, y por lo tanto no los ve tan radicalmente separados. Reconociendo su deuda con el trabajo de Jesús Martín-Barbero, escribe que “los medios comunitarios proveen un lugar inigualable para echar luz sobre los procesos hegemónicos: los medios comunitarios demuestran no sólo signos de resistencia y subversión, sino también evidencia de complicidad y sumisión” (Ibíd.). También

observa cómo esas influencias se dan en ambos sentidos, cómo el estilo *cinéma vérité* del cine alternativo de los primeros que se hacían en Super 8, tanto como el vídeo “guerrilla”, se han vuelto características comunes en la cobertura de noticias de los medios masivos.

Para resumir: Rennie se centra más en la brecha gubernamental, y Howley en la brecha de globalización, como explicaciones al surgimiento contemporáneo e importancia de esas formas de medios a pequeña escala. Ambos coinciden, no obstante, en que la fuerza de los “medios comunitarios” yace en que están arraigados dentro de las costumbres de la vida cotidiana, y en que permiten a los ciudadanos y no ciudadanos tener formas de expresión, de auto organización y de conexión que rara vez, y sólo hasta cierto punto, están disponibles para ellos en los medios comerciales masivos, o incluso en los medios de servicio público, tal como están organizados actualmente.

Permítanme ofrecerles dos comentarios a modo de crítica, sobre sus aproximaciones a esta cuestión. Uno histórico y otro geográfico.

Ambos autores definen a los nanomedios como un fenómeno relativamente reciente, cobrando fuerza particularmente en las dos décadas pasadas. Como dije anteriormente en mis observaciones, sin embargo, los nanomedios han sido una característica del escenario cultural y político desde hace mucho tiempo. Los historiadores a menudo han fallado al estudiarlos, así como también lo han hecho hasta hace poco los sociólogos de los medios. Pero eso nos dice más acerca de las suposiciones

de los historiadores y sociólogos, quienes fueron presumiblemente cautivados por la ilusoria correspondencia entre tamaño e importancia social, y que por lo tanto se enfocaron en los macromedios de diferentes tipos.

La culpa no fue sólo de los historiadores y sociólogos. Muchas veces los activistas de esos proyectos de medios estaban tan ocupados en su momento, o demasiado agotados y entristecidos cuando el proyecto colapsó, como para archivar sus obras. De hecho, una de las contribuciones valiosas de los libros de Rennie y Howley es que resumen brevemente un número de esos proyectos alrededor del mundo. Espero que la enciclopedia de movimientos de medios sociales, que acabo de terminar de editar, sea de algún modo un archivo de estos medios alrededor del globo.

Sin embargo, una cuidadosa comparación y contraste entre diferentes proyectos de nanomedios, presentes y futuros, es de suma importancia, y es crucial considerar su historia.

El comentario “geográfico” que expresaría es que “comunidad”, en los argumentos de ambos autores, es prácticamente equiparado a “local”. Esto, implícitamente, desvía la atención lejos de las comunidades que no estén basadas en su localismo, o que no estén conectadas únicamente con éste, y *sus* formas de nanomedios: mujeres activistas, jóvenes, comunidades étnicas minoritarias, comunidades transnacionales y de trabajadores migratorios, comunidades de orientaciones sexuales diversas, comunidades de activistas medioambientales. Por cierto, a diferencia de las comunidades más convencionales, estas comunidades frecuentemente carecen, en parte

o totalmente, de una dimensión comunitaria importante, que es la comunicación cara a cara, o el encuentro en persona. Pero la prensa de etnias minoritarias, y la radio donde existe, son ejemplos que existen desde hace mucho tiempo (p.e. Cunningham & Sinclair 2003).

Ahora, particularmente en la era de Internet, con vídeo y audio *streaming* –o sea, ‘de transmisión en directo, en tiempo real’ –una estación de radio local puede ser sintonizada desde cualquier lugar del mundo.

Por ejemplo, Radio Popolare di Milano actualmente transmite su selección musical de vanguardia. En consecuencia, los jóvenes a lo largo de Italia ya no necesitan viajar hasta Milán para ser, todos los días si quieren, miembros activos de la comunidad musical de dicha radio, la cual ahora se extiende desde Agrigento hasta Cagliari y Ventimiglia.

Medios de los movimientos sociales “de red”

¡A veces me pregunto si Manuel Castells lamenta el día en que inventó la frase “el espacio de flujos”! De cualquier modo, la frase sirve para mostrarnos las extraordinariamente frescas oportunidades que Internet y los medios móviles ofrecen a los movimientos sociales. No todos esos movimientos son los que podríamos celebrar: uno de los primeros usuarios norteamericanos de Internet con fines políticos fue el *Ku Klux Klan*, y los grupos de supremacía blanca y los neonazi siguen activos a través de estos medios. No todos los regímenes permiten el uso de estos medios libremente: actualmente los activistas de Internet chinos usan el término “invierno de Internet” para

referirse a las intervenciones de su gobierno. Globalmente, la denegación de acceso está extendida por motivos económicos y políticos. La vigilancia de movimientos sociales por Internet es más bien sencilla, y los teléfonos móviles son, en su mayoría, muy fáciles de localizar.

Aún así, cuando miramos la década pasada, comenzando con la movilización de cuatro días contra la Organización Mundial del Comercio en Seattle, a finales de 1999, vemos que las oportunidades para la comunicación democrática han sido alteradas radicalmente. Los acontecimientos en Grecia en diciembre de 2008, en Irán en junio y los meses siguientes de dos mil y nueve, están presentes en nuestra memoria. Menos conocido, fuera del Sureste Asiático, es el ámbito abierto por Internet para la comunicación horizontal en Indonesia, en Malasia, y entre grupos de oposición exiliados de Birmania. En el así llamado “Medio Este”, las estimaciones de una baja penetración de Internet están, muy frecuentemente, terriblemente equivocados. Esto debido al extendido uso de telecentros y cibercafés. Los *bloggers* egipcios en particular, hombres y mujeres, son extremadamente activos, muchas veces desafiando a sus regímenes o a otros de la región, así como ventilando las frustraciones cotidianas.

Así, el término “red” continúa dominando las discusiones sobre métodos de comunicación alternativos. Como término para denotar un conjunto global de conexiones electrónicas para uso de Internet, su significado es claro. Pero, usado para referirse a las redes *sociales*, su sentido es mucho más elusivo.

Quizás nos serviría reemplazar el término actual “medios sociales” —una expresión ridícula, pues ¿qué medios no son sociales?— con uno popular en Latinoamérica hace unos treinta años, para referirse a los medios alternativos de movimientos sociales antes de la llegada de Internet: medios “horizontales”. Aunque la comunicación de campañas políticas y publicidad “verticales” también circulan a través de estos medios. Quizás llamarlos “mesomedios” sería un útil recurso heurístico, ya que esto los distinguiría de ambos, macromedios y nanomedios, permitiendo considerar su particular combinación de lo que es altamente personal, incluso solipsista —el blogger que nadie lee— con la difusión masiva de información como la vista en la campaña presidencial de Barack Obama.

Por un largo tiempo, lo que pasó por “análisis de redes” estuvo apagado obsesivamente al análisis de diádas (o ‘parejas’) sociales, y fue compulsivamente empírico en su metodología. Los científicos políticos Mario Diani y Doug McAdam, en su colección de estudios de redes y movimientos sociales (2003: 5), enfatizaron cómo el estudio de los movimientos sociales ha sido uno de los factores que ayudaron a impulsar el tradicional análisis de redes más allá de las fijaciones en:

[...] el vínculo inextricable entre las redes sociales y *la cultura*... la relación entre las redes sociales y los *mapas cognitivos* a través de los cuales los actores categorizan su entorno social y se ubican a ellos mismos dentro de más amplias redes de vínculos e interacciones. [La cursiva es mía]

De hecho, uno de los problemas del término “red” en la era posterior a Internet, es que hoy tiende a hacernos pensar en redes en el sentido de “canales” de comunicación, transportando pulsos neutrales de información, lo cual es, ciertamente,

un componente del proceso, pero el cual sin un tejido y textura cultural, no tiene más sentido que una pieza de granito. Estoy de acuerdo con el argumento de Diani y McAdam, aunque no hay mucho en su colección de ensayos que realmente trate sobre temas culturales, dado que están más interesados en las dinámicas organizacionales de la movilización de movimientos sociales: reclutamiento individual, movilización emergente, y expansión de movimientos (McAdam 2003: 297).

De hecho, mucho de lo que se ha escrito acerca de Internet y telefonía móvil apunta hacia el tema de la movilización, tal como en los ejemplos de Grecia e Irán que cité previamente. Un estudio reciente de Castells, Fernández-Adèvol y Qiu (2007: c.7) sobre las comunicaciones móviles, tiene un capítulo sobre sus dimensiones políticas, pero se centra enteramente en la telefonía móvil y movilizaciones políticas instantáneas (modalidad conocida como 'multitud instantánea').

Sin embargo, en un estudio aún más reciente que ha publicado Qiu, sobre lo que el llama "la sociedad de red de clase trabajadora" en China, hay una investigación mucho más profunda de los engranajes de la telefonía móvil y de Internet en la constitución de la nueva clase trabajadora en dicho país (Qiu 2009). Qiu se centra particularmente en los usos que se dan entre los trabajadores jóvenes, trabajadores inmigrantes, y ancianos; y escribe:

Lo que se obtiene mediante la tecnología de la comunicación en este proceso de formación de clases no es, por lo tanto, la eliminación de lo local, sino la oportunidad que tienen los incidentes locales críticos de trascender los límites sociales y alcanzar a otros grupos que no tienen mucho y están en condiciones similares... Los que tienen y los que no,

pueden unirse a la causa de los que tienen poco, para salvaguardar el bienestar de todos los ciudadanos, incluyendo el derecho a comunicarse usando las TIC ('Tecnologías de la Información y la Comunicación') de la clase trabajadora. (Qiu 2009: 245).

Una contribución reciente a la discusión por Olga Guedes Bailey, Bart Cammaerts y Nico Carpentier (2008: 25-33) se centra más en desarrollos de la red que llevan más tiempo. Destacan el término "rizoma" para denotar el tipo de red establecida por los medios alternativos. El rizoma es un tipo de planta que hecha brotes, normalmente subterráneamente, y, poco a poco, casi invisiblemente, pero de manera muy eficaz, establece su dominio sobre un extenso terreno (un ejemplo es el jengibre). Prefieren éste término a "medios comunitarios", "medios alternativos", o "medios de la sociedad civil". La metáfora del rizoma fue concebida, que yo sepa, por Deleuze y Guattari (1987), pero concordaba con el lenguaje común de los movimientos políticos de los años setenta y ochenta en Italia, que aludía frecuentemente a los procesos "moleculares" y "capilares" de los movimientos sociales. En cierto sentido, Diani y McAdam y sus colegas han intentado superar estas metáforas, para definir las hidrodinámicas de los movimientos sociales.

El estudio reciente del antropólogo Jeffrey Juris, *Networking Futures: los movimientos contra la globalización corporativa* —la mayoría del cual se desarrolló en colaboración con otros altermundistas aquí mismo en Cataluña— examina la globalización desde abajo, "del suelo hacia arriba... una interacción dinámica entre varios flujos, prácticas, y procesos a grandes y pequeñas escalas." (Juris 2008: 297).

Específicamente trata lo que él llama "la lógica cultural de la comunicación de red" que reside en el centro de estos movimientos. Con esto, quiere decir:

Luchas culturales que tratan de ideología (antiglobalización versus anticapitalización), estrategias (asistencia a conferencias al más alto nivel versus la sostenida organización de la comunidad), tácticos (la violencia versus la no violencia), formas organizativas (la estructura versus la falta de estructura), y la toma de decisiones (consenso versus votación). (Juris 2008: 15).

Es un alivio volcarse hacia "la comunicación de red" como una colección de prácticas conflictivas de carne y hueso, en vez de la imagen corriente de enlaces digitales; y, en su totalidad, el estudio de Juris es bien elogiable, no menos por su metodología de "antropología militante".

Al agrupar estos estudios y entendimientos, se hace claro que el término "red" se puede aplicar de varias maneras a la comprensión de las múltiples formas que toman los medios de los movimientos sociales. Dado que se usa en varios sentidos, propongo evitar sujetar a este término cualquier discusión de estos medios. También creo que es imprescindible despojar al término de sus connotaciones tecnológicas, como también lo es el integrar constantemente nuestras discusiones de Internet y de comunicaciones de telefonía móvil con las varias otras formas de medios de los movimientos sociales, algo que el estudio de Juris hace bastante bien.

Medios "de movimientos sociales"

Finalmente hemos llegado, al término que prefiero en general, si es que *tenemos* que elegir un sólo término por lo que yo apenas caractericé como "hidrodinámicas" de esos fenómenos multidimensionales de los medios. La ventaja de esta denominación es

que constriñe estas tecnologías de los medios y sus usos a las verdaderas relaciones sociales y cambios sociológicos. El notable impacto de los nanomedios, a veces a corto plazo, pero más frecuentemente a largo plazo, se debe en su totalidad a su integración en los métodos de los movimientos sociales. Esto es lo que no comprenden aquellos que fetichizan los medios a gran escala, los macromedios, y que menosprecian estos nanomedios considerándolos triviales, ferores e irritantes. Juzgados desde los estándares y *objetivos* de los macromedios, ¡por supuesto que los nanomedios fallan!

Al mismo tiempo, nos encontramos nuevamente con un problema de definición. ¿Qué es un movimiento social? ¿Y qué no lo es? De hecho, ¿Qué deberíamos incluir o excluir de la categoría de “movimientos sociales”? ¿Una revolución nacional? ¿El fascismo? ¿Las campañas por los derechos de los inmigrantes? ¿Las campañas para negarles sus derechos a los refugiados? ¿Una campaña local en defensa del medioambiente? ¿Los denominados “cristeros” que pelearon para defender a la Iglesia Católica del gobierno anticlerical mexicano en los años 30? ¿El movimiento global anti apartheid? ¿La música punk? ¿El Hip Hop? ¿El dadaísmo? ¿El movimiento para la justicia social global? ¿Las redes islamistas? ¿La renovación de casas? ¿El fenómeno *morpegs* –los videojuegos multijugador de rol en línea a través de los móviles?

Esto es algo que he explorado con mayor detalle en otra obra (Downing 2008), así que permítanme resumir ese argumento aquí. La más antigua de las definiciones sociológicas de un movimiento social no usó el término “movimiento social” en absoluto, sino que básicamente tomó prestado un término de la élite para expresar su

miedo y disgusto hacia las protestas públicas e insurrecciones, rurales o urbanas, a gran escala: “la multitud”, o “la muchedumbre”, poseída de una potencial fuerza demoníaca que necesitaba ser juzgada por una fuerza mucho mayor, incluso usando la violencia, si fuera necesario. La historia de la Comuna de París viene a la mente, así como lo hace también, la devastación ejecutada por las fuerzas de Franco en España y Cataluña.

Parcialmente alentados por el malestar social global de los años sesenta y setenta, algunos sociólogos revirtieron la tendencia y enfatizaron la racionalidad de la protesta, su despliegue de las formas de poder y los recursos que la gente sin mucho dinero ni conexiones *sí* puede usar: bloquear carreteras, ocupar fábricas y oficinas gubernamentales, declararse en huelga, y muchas otras acciones en masa. De esta manera, el modelo del “actor racional” fue movilizado para desafiar al modelo de la “muchedumbre demoníaca”.

Luego surgió una tercera perspectiva, el así llamado modelo de los “nuevos movimientos sociales”. Este modelo se concentró en el feminismo, los movimientos medioambientalistas y por la paz, y marcó una gran distinción entre sus metas y las del movimiento obrero. La diferencia entre ellos, según esta tercera perspectiva, fue que, históricamente, el movimiento obrero intentaba negociar resultados con el estado, o con corporaciones específicas, o los dos, tales como la jornada laboral de ocho horas, o un contrato de sueldo nuevo. Estos “nuevos” movimientos, alegaban los partidarios de esta perspectiva, trataban de reformular las identidades sociales colectivas y no tenían ninguna expectativa de negociar resultados específicos con las autoridades.

Desde mi punto de vista, el enfoque de la multitud tenía un elemento de validez:

la capacidad de la gente en grandes números, especialmente cuando es provocada por actos agresivos de la parte de la policía, para cometer actos extremos más allá de lo que ella anticipó cuando se unió a la protesta, así como para que sus emociones sean dinamizadas. El enfoque del actor racional ~~la~~ vio sentido a la protesta en vez de despreciarla por mal concebida. Los partidarios de los nuevos movimientos sociales estaban en lo correcto al tomar seriamente al feminismo y las demás cosas, y al apuntar sus diferencias con otros movimientos sociales. Hasta aquí, todo bien.

Pero obviamente el enfoque de la multitud era básicamente despectivo, no analítico. La perspectiva del actor racional estaba totalmente desinteresado en la emoción, casi por definición, y en su ímpetu por comprender la racionalidad de los movimientos sociales, a menudo los reduce a piezas mudas en el tablero de ajedrez social, sin cultura, y sin que aparentemente estén involucrados en cualquier tipo de proceso de comunicación, con intermediarios o cara a cara; o al menos cualquier proceso de ese tipo con algunas dinámicas o contradicciones.

Los investigadores de los nuevos movimientos sociales parecían estar totalmente desinteresados en cualquier movimiento fuera del “Norte global”, como el movimiento de trabajadores sin tierras de Brasil, el movimiento anti apartheid, el movimiento contra el dictador indonesio Suharto, los movimientos de pueblos indígenas, o cualquier cosa fuera de su encuadramiento. Más aún, dentro de los nuevos movimientos sociales, cualquier cosa que se asemejara al modelo del movimiento obrero fue descartado del cuadro; tales como feministas demandando derechos de cuidado infantil, o

ambientalistas reclamando por nueva legislación, o activistas demandando el desmantelamiento de los arsenales nucleares.

Más que muchos fenómenos sociales, los movimientos sociales y sus medios son, con frecuencia, fluctuantes y transitorios y, por lo tanto, especialmente resistentes a ser sometidos a teorías rígidas. Ellos frecuentemente requieren la sutileza y delicadeza de un Antonio Gramsci o un Raymond Williams para un análisis verdaderamente penetrante. Investigadores latinoamericanos han insistido especialmente en estas cuestiones, y en la posición central del *proceso* en el análisis de los medios de los movimientos sociales (Gumucio Dagron 2004; Huesca 1995; Rodríguez 2001).

Un tema de importancia es el tamaño. ¿Necesita un movimiento social tener alcance en toda una ciudad, región, o nación para calificar como un movimiento social verdadero? Yo diría que no, y para respaldarlo citaría ejemplos como el activismo en vídeo hecho en un barrio de Bogotá por mujeres inmigrantes de áreas rurales - que Clemencia Rodríguez describe en su libro *Fisuras en el paisaje de los medios de comunicación* (Rodríguez 2001). Esas mujeres no tenían la ambición de hablarle a toda Bogotá, mucho menos a toda Colombia. Al mismo tiempo, el proceso de aprender a documentar los asuntos de su vecindario y las vidas de sus residentes, incluyendo las propias, se convirtieron en un movimiento de medios sociales local. El dramático papel de los movimientos sociales y sus medios en consolidar exitosamente el derrocamiento del fascismo y el colonialismo en Portugal, treinta y seis años atrás, fue a escala nacional. De hecho, fue a escala internacional, dadas sus repercusiones en España, Grecia, Brasil, Mozambique, Angola, Guinea-Bissau y La República Democrática de

Timor Leste. Pero si tomamos esos casos como la vara con la que medir lo auténtico, nos arriesgamos a caer nuevamente en la falacia del gigantismo, la de fetichizar los macromedios y el macroimpacto.

La otra cuestión trata de los componentes organizacionales de los movimientos sociales. En el uso italiano de hace unos treinta años, el plural *movimenti sociali* era a menudo usado para describir lo que en otros lugares hubiera sido llamado micropartidos de la izquierda u organizaciones disidentes, cada uno usualmente con su propio pequeño periódico, a menudo operando con una mezcla del fervor mesiánico y leninista. Lo que era interesante, sin embargo, era cómo al principio de la década de los ochenta, parcialmente influenciados por la auto disolución, en 1976, de la nacionalmente influyente organización *Lotta Continua*, varios de estos medios efectivamente declaraban la independencia de sus sectas oficiales. Por lo tanto, en cierto sentido, la lógica del movimiento social desestabilizaba la lógica editorial de la línea de montaje de los que se pretendían leninistas.

En el siglo XXI, con el experimento soviético lejos en el pasado, y con la esperanza de no repetirlo jamás, la inmensa mayoría de medios de los movimientos sociales, operando en relación directa con los movimientos para el cambio social constructivo, representa nuestra mejor prospectiva por una esfera pública alternativa y contrahegemónica. En el interior de esa esfera, dentro del “movimiento global de movimientos”, los numerosos retos que nos esperan —el cambio climático, la subordinación de la mujer, la represión del activismo obrero, la vigilancia electrónica, y la guerra y el terrorismo— con el tiempo, pueden comenzar a ser tratados con la

sabiduría, la perspicacia, y la discusión colectivas; no con las soluciones patéticas recitadas de memoria por nuestros líderes políticos oficiales.

Así que, déjenme consolidar los elementos de mi argumento. Yo sugeriría que el término “medios comunitarios”, aunque en los estudios de Rennie y Howley que he citado también tenga un sentido contestatario y de oposición, se enfoca principalmente en los menesteres no dramáticos de la vida cotidiana. La terminología de los medios “de red” atrae nuestra atención hacia las nuevas e importantes oportunidades para la movilización de los movimientos sociales que hoy existen, pero tiende más a atraer nuestra atención hacia lo muy inmediato y dramático; en un sentido, lo opuesto del estilo tranquilo, casi monótono, de los “medios comunitarios”.

Yo sugeriría combinar ambos. El continuo, casi invisible, activismo social de grupos y comunidades al desarrollar el espeso tejido cultural de sus cotidianas vidas, es la tierra fértil del activismo político. La extensión de dichas conexiones de red sociales a través de los medios digitales es importante a largo plazo, así como en situaciones de emergencia inmediata y de drama impresionante; aunque creo que Juris (2008), en su análisis de las redes digitales, traza las relaciones entre la tecnología y la política de manera demasiado simplista. Tomados juntos, sin embargo, éstos son componentes vitales dentro del crecimiento del activismo de los movimientos sociales, tanto locales como transnacionales, para determinar colectivamente el futuro humano basado en lo democrático en vez de lo autoritario.

Quiero expresar mi agradecimiento a Genève Gil, M.A., de Austin, Texas, y coautor del capítulo sobre Internet y Comunicación Alternativa de mi libro Radical Media (2001), por la traducción experta de este texto al español; y también a Núria Reguero i Jiménez, del Instituto de la Comunicación InCom-UAB por sus sugerencias de redacción

Bibliografía

- Anderson, C. (2008) *The Long Tail: Why the Future of Business is Selling Less of More*. New York: Hyperion, 2nd ed.
- Atton, C. (2001) *Alternative Media*. London, UK: Sage Publications Co.
- Bailey, O.G., B. Cammaerts & N. Carpentier (2008) *Understanding Alternative Media*. Maidenhead, Berks: Open University Press.
- Baldelli, P. 1977 *Informazione e Controinformazione*. Milano: Mazzotta Editore.
- Bey, H. 1991 *T.A.Z.: The temporary autonomous zone, ontological anarchy, poetic terrorism*. New York: Autonomedia.
- Castells, M., M. Fernández-Ardèvol & J.L. Qiu (2007) *Mobile Communication and Society: A global perspective*. Cambridge. MA: MIT Press.
- Day, R. (2008) *Community Radio in Ireland: Participation and Multi-Flows of Communication*. Cresskill, NJ: Hampton Press.
- Deleuze, F. & G. Guattari (1987) *A Thousand Plateaus: Capitalism and Schizophrenia*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Downing, J. (2001) *Radical Media: rebellious communication and social movements*. Thousand Oaks, CA: Sage Publications Inc.
- Downing, J. (2008) "Social movement theories and alternative media," *Communication, Culture & Critique* 1.1, pp. 40-50.

European Parliament (2008) *Community Media In Europe*.
<http://www.europarl.europa.eu/sides/getDoc.do?pubRef=-//EP//TEXT+TA+P6-TA-2008-0456+0+DOC+XML+V0//EN&language=EN>

Gumucio Dagron, A. (2004) "The long and winding road of alternative media," in John Downing et al., eds. *The Sage Handbook of Media Studies*. London, UK & Thousand Oaks, California: Sage Publications, pp. 41-63.

Harvey, David (2000) *Spaces of Hope*. Berkeley, CA: University of California Press.

Howley, K. (2005) *Community Media: People, Places and Communication Technologies*. Thousand Oaks, CA: Sage Publications Inc.

Howley, K., ed. (2009) *Understanding Community Media*. Thousand Oaks, CA: Sage Publications Inc.

Huesca, R. (1995) "A procedural view of participatory communication," *Media, Culture & Society* 17, 101-119.

Jankowski, N., ed. (1992) *The People's Voice: Local Television and Radio in Europe*. Luton, UK: John Libbey Press.

Juris, J. (2008) *Networking Futures: the movements against corporate globalization*. Durham, NC: Duke University Press.

Lovink, G. (2002) *Dark Fiber: Tracking Critical Internet Culture*. Cambridge, MA: MIT Press.

Mefalopulos, P. (2003) *Theory and Practice of Participatory Communication: The Case of the FAO Project "Communication for Development in Southern Africa."* Washington, DC: The World Bank. <http://www.communit.com/en/node/72266>

- National Alliance for Media Arts and Culture (2004) *Deep Focus: A Report on the Future of Independent Media*. San Francisco, CA: NAMAC.
- Pajnik, M. & J. Downing (2008) Introduction: the challenges of “nano-media”, in M. Pajnik & J. Downing, eds., *Alternative Media and the Politics of Resistance: Perspectives and Challenges*. Peace Institute, Ljubljana, Slovenia, pp. 7-16.
- Pavarala, V. & K. Malik (2007) *Other Voices: The Struggle for Community Radio in India*. New Delhi: Sage Publications Ltd.
- Qiu, J.L. (2009) *Working-Class Network Society: communication technology and the information have-less in urban China*. Cambridge, MA: MIT Press.
- Rennie, E. (2006) *Community Media*. Lanham, MD: Rowman & Littlefield.
- Rodríguez, C. (2001) *Fissures in the Mediascape*. Cresskill, NJ: Hampton Press.
- Vitelli, N. and C. Rodríguez Esperón eds. (2004) *Contrainformación: Medios Alternativos para la Acción Política*. Buenos Aires: Ediciones Continente.